

REFLEXIÓN Y DEBATE

**Cuando la sociedad democrática está en crisis:
El desafío planteado a las universidades católicas**

Ignacio Sepúlveda del Río

Ignacio Sepúlveda del Río¹

contacto: isepulveda@uloyola.es

Resumen

“En primer lugar discutiremos sobre el modelo actual de democracia existente en Chile. Este modelo, que se aplica en la mayoría de las democracias occidentales, está basado en una comprensión altamente economicista de la sociedad. Creo que parte de los problemas que el país vive hoy, aunque no todos, por cierto, tienen su origen en esta manera de comprender y practicar la democracia. En un segundo momento intentaré mostrar lo que he denominado como el modelo de voluntad general. Este modelo ha sido propuesto por algunos grupos como una posible solución novedosa a los problemas del sistema democrático y del país. En mi opinión, estas propuestas no son capaces de dar solución a los desafíos que la sociedad chilena está viviendo. Por último, reflexionaremos sobre cuál debiera ser el papel de una universidad católica –toda universidad católica– en la construcción de una sociedad más humana, democrática y con una ciudadanía más activa”.

¹ Licenciado en Teología por la P. Universidad Católica de Chile, y en Filosofía por la Universidad Alberto Hurtado. Máster y Doctor en Filosofía Política por la Universidad de Valencia. Profesor Universidad Loyola Andalucía.

I. Introducción²

Hace algunas semanas, Fernando Chomalí (2015), arzobispo de Concepción, publicó una Carta Pastoral sobre la cultura y sociedad chilena. En su carta afirma que se están viviendo cambios culturales que tocan de manera profunda la vida de las personas. La afirmación es indesmentible: hace tiempo que la sociedad chilena está viviendo un fuerte proceso de cambio y crisis cultural. No sabemos hacia dónde pueden ir esos cambios ni qué tipo de sociedad puedan generar. Hay esperanzas –o eso creo- de que el diálogo maduro, formado, y que integre a los distintos componentes de la sociedad, pueda generar una sociedad más integrada, con menos segregación, menos injusticia.

Teniendo este momento de crisis y de esperanza como telón de fondo, deseo reflexionar sobre la democracia en nuestro país y cuál puede ser el aporte de una universidad católica, en el contexto chileno, para el desarrollo de una sociedad más democrática, participativa y justa. Como se puede apreciar, el problema es enorme y excede, con creces, lo que se pueda presentar en este artículo. Pero pese a la dificultad de la cuestión –y siendo muy consciente de ella-, deseo presentar mis reflexiones sobre el tema desde una postura que busca resaltar la misión de las universidades católicas en la prosecución de sociedades más justas y fraternas. ¿Cuáles son los pasos a seguir?

En primer lugar discutiremos sobre el modelo actual de democracia existente en Chile. Este modelo, que se aplica en la mayoría de las democracias occidentales, está basado en una comprensión altamente economicista de la sociedad. Creo que parte de los problemas que el país vive hoy, aunque no todos, por cierto, tienen su origen en esta manera de comprender y practicar la democracia. En un segundo momento intentaré mostrar lo que he denominado como el modelo de *voluntad general*. Este modelo ha sido propuesto por algunos grupos como una posible solución novedosa a los problemas del sistema democrático y del país. En mi opinión, estas propuestas no son capaces de dar solución a los desafíos que la sociedad chilena está viviendo. Por último, reflexionaremos sobre cuál debiera ser el papel de una universidad católica –toda universidad católica- en la construcción de una sociedad más humana, democrática y con una ciudadanía más activa.

II. Democracia sí, ¿pero cómo?

En los últimos años se ha visto un creciente descontento en la sociedad chilena. Aunque el país ha tenido un crecimiento económico sostenido durante en los últimos 25 años, el modelo social y político sobre el que se ha construido la democracia está en

² Artículo originalmente publicado en la revista “Tierra Nueva” de la Dirección General de Pastoral y Cultura Cristiana de la Universidad Católica del Norte, Antofagasta. Año 2015, N° 12. Páginas 29-46.

entredicho: la tan anhelada justicia social, que ha sido y es el sueño de miles de chilenos y chilenas, no ha terminado de llegar. Con aguda ironía muchos apuntaban a que “la alegría no llegó”, tal como se prometía, luego del retorno a la democracia. Algunos hechos, sin desear ser precisos, nos pueden ayudar a tener una imagen de este descontento: el gran problema de la educación y el debate –aclarado, pero aún con dilemas sin resolver- sobre el lucro y la gratuidad de la educación. Este problema ha generado una gran cantidad de marchas y protestas en la vía pública, tomas de universidades, debates en los medios de comunicación, etc. Por otra parte está el problema de las Isapres y las AFP. Después de años de convivir con este sistema de fuerte marca capitalista, la gente ha terminado por sentirse defraudada de la manera cómo la salud y la seguridad social trabajan. Pareciera que unos pocos son los que pueden ganar, mientras millones de chilenos están condenados a meramente sobrevivir. Y cuando ya son mayores, luego de haber cotizado toda una vida, las pensiones no les permiten poder vivir con cierta dignidad. A los problemas de la educación, salud y fondos de pensiones, se agrega el problema político. En las últimas elecciones presidenciales un alto número de personas –cerca del 50%- decidió abstenerse de votar. Es decir, aunque el gobierno de Michelle Bachelet sacó mayoría, esta mayoría no sobrepasa el 30% de la población chilena. En la misma línea podemos decir que el desencanto con lo político –y con la clase política- se ha acentuado con los casos de corrupción surgidos de PENTA y de SQM. La mayoría de la gente tiene la sensación de ser abusada. Y esta sensación se acentúa al saber que Chile es uno de los países con mayor inequidad en el mundo³.

¿Cuál es o ha sido el problema de Chile? El origen del problema, como en la mayoría de las cosas, es múltiple. Decir que **una sola cosa** es el problema sería caer en una simplificación imperdonable. Teniendo presente lo anterior, me animo a plantear uno de los posibles orígenes de los conflictos vividos hoy Chile: una frágil democracia.

1. El modelo democrático neoliberal.

Como todos sabemos, la democracia volvió a Chile en el año 1990 con el primer gobierno democrático, presidido por Patricio Aylwin. Ahora bien, este retorno a la democracia se hace a través del modelo democrático que había dejado la dictadura militar, conocido como democracia neoliberal o democracia de los objetivos personales. Este tipo de democracia tiene una mirada fuertemente economicista de la sociedad y de las relaciones interpersonales. Los orígenes de este pensamiento fueron planteados por Hobbes y Locke en el siglo XVII. Ambos filósofos entendían la sociedad política como un instrumento común destinado a promover los objetivos personales de los individuos que constituyen la sociedad. Para Hobbes el objetivo del Estado es que el

³ Sobre este tema se pueden ver los datos en la página del Banco Mundial: <http://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI>

ser humano procure su propia conservación y así pueda tener una vida más grata. Por eso el ser humano renuncia a gobernarse a sí mismo y deja ese poder en manos del Estado. El objetivo final de la democracia, de esta manera, serían los fines de los individuos de manera individual.

En su obra *el Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil* (2006), John Locke plantea que la razón por la que los seres humanos renuncian a la libertad para entregársela al Estado es para preservar la vida y la propiedad. Otra vertiente desde la que bebe la democracia neoliberal es el pensamiento de Joseph Schumpeter. En su libro *Capitalism, Socialism and Democracy* (2003), Schumpeter es crítico con las teorías clásicas del *bien común* y de la *voluntad del pueblo*. Para este autor el método democrático no es más que un “*acuerdo institucional para lograr decisiones políticas en el cual los individuos tienen el poder de decidir a través de la lucha competitiva⁴ por el voto popular*” (p. 269). La función primaria del electorado, según Schumpeter, sería decidir quién será el líder.

La democracia neoliberal –de la que hemos visto estos tres antecedentes- entiende que los fines de la democracia son los fines de los individuos, tomados como individualidades. De esta manera, al hablar de los objetivos de un grupo estamos hablando de los objetivos en que los distintos individuos puedan converger. Visto de esta manera, un régimen democrático es aquel que responde o es sensible a los objetivos y deseos de sus miembros. Las virtudes de la democracia neoliberal se centran en su eficacia para responder a las necesidades y objetivos de los votantes. Es decir, se centra en lo que muchos políticos chilenos han usado como slogan a la hora de hacer campaña: “los problemas de la gente”.

¿Quién, en su sano juicio, estaría en contra de resolver “los problemas de la gente”? la democracia neoliberal, tal como hemos expuesto más arriba, parece dar respuesta a los problemas de la gente. Pero esta manera de entender y vivir la democracia tiene algunos problemas y límites. Primeramente partamos reconociendo algo que, a todas luces, es evidente: hoy en día la gente tiene grandes dificultades, debido al tamaño y complejidad de la sociedad moderna. La gente, los ciudadanos, en general no se sienten identificados con las sociedades⁵ y menos con el Estado. De alguna manera esto es lo que ha sucedido en Chile en los últimos 25 años de vida democrática: hay una fuerte

4 El concepto de competir, según Schumpeter, no difiere mucho de aquel que se usa en economía: “... our theory is of course no more definite than is the concept of competition for leadership. This concept presents similar difficulties as the concept of competition in the economic sphere, with which it may be usefully compared. In economic life competition is never completely lacking, but hardly ever is it perfect.³ Similarly, in political life there is always some competition, though perhaps only a potential one, for the allegiance of the people. To simplify matters we have restricted the kind of competition for leadership which is to define democracy, to free competition for a free vote. The justification for this is that democracy seems to imply a recognized method by which to conduct the competitive struggle, and that the electoral method is practically the only one available for communities of any size” (2003, p. 271).

5 Las personas más bien se identifican con sus familias, con ciertas agrupaciones sociales, sean parroquias, grupos ambientalistas, clubes de deporte, etc.

identificación con el país y con sus signos públicos como la bandera o el himno nacional (las banderas regaladas por Farkas para la Copa América y el orgullo con que se hacían ondear en la final, a la par con la fuerza y orgullo con el que se entonaba el himno son un ejemplo de ello), pero esa identificación difícilmente se traspasa al Estado y al resto de la sociedad. Dicho de otra manera, hay una identificación con ciertos signos públicos que nos identifican como chilenos y chilenas, pero a eso no se sigue el cuidado, por ejemplo, de la ciudad y la búsqueda del bien común.

Una segunda dificultad tiene que ver con la participación de la gente. En este sistema se deja de lado el papel activo de las personas en su propio gobierno. Aún más, se mira con suspicacia la participación de la gente, las agrupaciones, la sociedad civil. El rol de la ciudadanía se limita a votar, una vez cada cuatro años o según se haya acordado, a los líderes que dirigirán el país. Según este planteamiento, no es conveniente que la ciudadanía participe mucho en el gobierno debido a que la complejidad de los problemas requiere gente altamente preparada y, si las masas se inmiscuyen en el gobierno, pueden restar eficacia. Teniendo esto en consideración, no es de extrañar que la sociedad civil chilena se fuese paulatinamente adormeciendo durante los años del retorno y regeneración de la democracia. Decimos adormeciéndose y no desapareciendo, pues todos tenemos en la retina al movimiento estudiantil y sus grandes marchas que parecen haber despertado a una ciudadanía aletargada.

Por último, el tercer límite o crítica que se le puede hacer a esta teoría –aunque sin llegar a agotar las críticas- se orienta hacia la igualdad e imparcialidad. En una sociedad, obviamente, no es posible atender a todos los intereses por igual. Pero hay algunos intereses que son sistemáticamente desfavorecidos y que, digámoslo con claridad, difícilmente consiguen ser escuchados y son sistemáticamente dejados de lado, mientras que otros intereses y personas son mayoritariamente tenidos en cuenta. Es lo que ha pasado con lo que señalé más arriba, al inicio de esta reflexión: los problemas de SQM y PENTA. Cuando parece que algunos, los más ricos y poderosos, son los que más terminan influyendo en la sociedad⁶.

Recapitulemos: el modelo democrático que Chile ha vivido desde los 90 hasta el día de hoy ha sido el neoliberal. Aunque es un sistema que ha permitido estabilidad en las instituciones y en el país –este punto hay que reconocerlo y destacarlo-, no ha permitido que la gente se identifique con él. Es decir, la democracia ha pasado a alejarse de la vida de las personas y a ser casi intrascendente. Así, el mismo sistema democrático –o la manera como se formula y vive- se transforma en un peligro para la

6 Aquí hay que reconocer que el problema planteado es complejo de analizar y resolver. No se trata, simplemente, de eliminar el mercado y su relación con la política, como algunos de manera simplista plantea. Sobre la relación entre mercado y política Robert Dahl plantea: *“esta relación existe porque ciertos rasgos básicos del carácter del mercado lo hacen favorable para las instituciones democráticas. A la inversa, algunos de los rasgos básicos de una economía de mercado la hacen perjudicial a efectos democráticos (2012, p199)”*.

democracia. La gente ha perdido interés en el sistema, lo que abre paso a procesos de desintegración social y corrupción. No quiero decir con esto que la democracia chilena esté en peligro –creo que las tentaciones radicales del pasado están demasiado presentes en nuestra memoria, lo que nos obliga, o debiera hacerlo, a ser más prudentes y sabios-, pero sí que está pasando por un momento complejo que requiere atención y trabajo de parte de todos aquellos que pueden hacer algo, especialmente los intelectuales del país⁷. ¿Qué hacer frente a este fenómeno? Veamos una posible alternativa, que es la que algunos grupos han ido planteando en los últimos años.

2. La Voluntad General. Una posible variable del pensamiento de Rousseau.

Con una mirada diferente –y claramente opuesta a la visión anterior- nos encontramos con una familia de teorías que tienen su origen histórico en el pensamiento de Rousseau. El filósofo canadiense Charles Taylor (2012), en una charla dada en Chile el año 1986, afirmaba que estas teorías ponen el acento en un aspecto que el modelo neoliberal de democracia no toca: la importancia de la ciudadanía y la dignidad inherente a ella. En *El Contrato Social* (2007) Rousseau afirma que cuando los hombres unen sus fuerzas –fuerzas que en el estado de naturaleza utilizan para buscar la propia supervivencia- estas fuerzas se ponen en marcha con un único objetivo y actúan de común acuerdo. Se busca una asociación que defienda y proteja a la persona y los bienes de aquellos que se asocian y, por otra parte, se genera una especie de *voluntad general* que guía al grupo de personas asociadas. Este sería el fundamento de una sociedad –y, por tanto, de una democracia-, pues si no existiera una voluntad general la voluntad de uno podría esclavizar al otro. En una democracia, de acuerdo con este principio, la voluntad general sería elaborada por todos y todos los individuos pertenecientes a la sociedad se identificarían con ella. El planteamiento de Rousseau, según señala Taylor en *Imaginarios sociales modernos* (2006), entiende que la verdadera armonía solo puede darse cuando se supera la dualidad entre el amor hacia mí mismo y “mi deseo de realizar los fines legítimos de los demás agentes. En el lenguaje de Rousseau, los instintos primitivos del amor a uno mismo (amor de soi) y la compasión (pitié) se funden en el ser humano racional y virtuoso en un amor hacia el bien común... (p. 142)”.

Hoy en día, como sabemos, no existen seguidores directos de Rousseau. Pero en el siglo XX, según Taylor (2012), se puede considerar como heredero de su planteamiento al marxismo leninismo (especialmente en el tema de la *voluntad general*). Detengámonos en este punto un momento: en la base del marxismo existe la idea de que una vez superados en la sociedad los conflictos antagónicos, producto de la lucha

⁷ Aquí se me va a perdonar que deslice una crítica. Hace tiempo que tengo la sensación de que la elite chilena no ha sido capaz, hasta ahora, de orientar en estos momentos de crisis del país. En un editorial del diario español El País se hace referencia al mismo tema: http://internacional.elpais.com/internacional/2015/06/30/actualidad/1435617430_119551.html

de clases, se produciría una especie de armonía fundamental de propósitos en la sociedad. Al respecto Taylor comenta:

“Hay pues algo así como una voluntad general del proletariado que lo impulsa a la revolución contra la sociedad capitalista y a la construcción de la nueva sociedad que, en último término, será anarquista. El leninismo heredó esta concepción y le agregó la fatídica idea del papel del partido de vanguardia. Los partidos y gobiernos leninistas hablan siempre en nombre de la clases obrera, como si esta entidad tuviera un solo propósito que ellos pueden interpretar y lleva a cabo. ... Jean-Jacques había temblado de espanto al ver en qué se ha convertido su idea (p. 20)”.

En el país muchos han vivido la experiencia real de un “sentimiento popular” –un clamor popular, si se quiere- que exige ir hacia grandes reformas: salud, trabajo, pensiones, economía y, por sobre todo, educación, son las demandas que mueven a la mayoría. Al mirar nuestra sociedad pareciera que es posible encontrar en determinados grupos –aunque, obviamente, con ciertos matices- esta idea de la *voluntad general*. Con esto no afirmamos que esos grupos sean marxistas leninistas. Lo que sí queremos afirmar es que tienen una idea de la *voluntad popular* y que ellos se sienten representantes destacados de ella.

Ahora bien, ¿cuáles pueden ser los límites de esta teoría o manera de entender la democracia? El problema de este planteamiento, según Taylor, es que *“es radicalmente deficiente en cuanto teoría central de la democracia, en cuanto descripción del proceso de autogobierno y de las relaciones que las personas establecen dentro de él (2006, p. 21)”*.

Esta teoría no da cuenta de un fenómeno fundamental en la democracia: el conflicto, algo necesario y fundamental, entre distintos sujetos e intereses y su resolución. Uno de los problemas fundamentales que se da en una sociedad democrática es cómo resolver distintas posturas o intereses contrapuestos y concepción distintas de lo que es, o debería ser, el bien común. La sociedad, obviamente, en muy raras ocasiones comparte una comunidad de propósitos, un proyecto fundamental común. En la misma discusión sobre la reforma educacional que se ha planteado en Chile, por ejemplo, hay un amplio acuerdo en torno a mejorar la educación pública y en erradicar el lucro. Pero cuando se baja al terreno de lo práctico, a la manera cómo implementar las ideas, nos encontramos con distintas posturas; el conflicto está servido y se necesita una manera eficaz de resolución. El problema de este modelo de democracia es que le resta legitimidad a la diferencia, a la rivalidad, a la lucha interna y a la diferencia de opinión.

Tengo la impresión que, en la sociedad chilena actual, muchos grupos tienden a descalificar radicalmente a aquellos que no piensan como ellos. Se apoderan, sin mediar votación alguna, de lo que es la voluntad de toda la sociedad.

Al momento de hacer un balance entre ambos tipos de democracia, creo que podemos afirmar que el primero pone el acento en lo individual por sobre lo colectivo, limitándose a entender la democracia solo como un grupo de voluntades individuales que buscan sus propios objetivos y que utilizan la democracia, y al Estado, como un mero instrumento. De esta manera, el modelo neoliberal falla en la necesidad de unificar e integrar la sociedad a través de ciertos proyectos comunes. Pero el segundo modelo tampoco lo hace mejor. La idea de la voluntad general, que en la práctica parece muy lejana de la realidad, tiende a quitar protagonismo –o a no aceptar– a las diferentes voces que surgen en la sociedad civil. Así, como ya hemos afirmado más arriba, se hace casi imposible poder acoger el conflicto que es un elemento fundamental para el avance y crecimiento de las sociedades.

III. El rol de las universidades católicas en la construcción de sociedades más humanas, democráticas y justas.

En Chile existen a lo menos 10 universidades católicas (sean de congregaciones religiosas o de arzobispados u obispados). Un alto porcentaje de estudiantes chilenos están siendo educados en estos centros de educación superior. ¿Qué educación se les da? ¿Qué valores se les entrega a sus estudiantes? ¿Qué tipo de ciudadanos y ciudadanas egresa de sus aulas?

En este tercer punto, tal como señalé en la introducción, deseo enfocarme en el rol de las universidades católicas, hoy en día en nuestro país, para generar sociedades que puedan poner al ser humano –y no a la economía– y su desarrollo integral como centro y objetivo final de su hacer; sociedades que busquen el bien común en todos los aspectos, económicos, sociales, culturales, etc. Universidades católicas comprometidas con generar sociedades más democráticas y más justas.

¿Cómo conseguir que las universidades católicas se puedan comprometer con estos proyectos? Quizás más de alguno se pregunte si ese es su papel. Por eso vale la pena tener en mente lo que señala la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* –que es, por decirlo de alguna manera, la hoja de ruta fundamental de toda universidad católica– al hablar del rol que les corresponde:

“La Universidad Católica, como cualquier otra Universidad, está inmersa en la sociedad humana. Para llevar a cabo su servicio a la Iglesia está llamada -siempre en el ámbito de su competencia- a ser instrumento cada vez más eficaz de progreso cultural tanto para las personas como para la sociedad. Sus actividades de investigación incluirán, por tanto, el estudio de los graves problemas contemporáneos, tales como, la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento

económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional (n° 32)”.

Por tanto, las universidades católicas no pueden, de ninguna manera, desentenderse de la sociedad en la que están inmersas; por eso el tema de la democracia y la justicia no pueden ser problemas lejanos o accesorios, sino que deben ser temas centrales en la formación de los estudiantes y en la investigación universitaria. Ambos, formación e investigación, son herramientas que ayudan a promover la democracia y la justicia en la sociedad. Centrémonos en el primero.

La formación de los estudiantes de universidades católicas, a mi parecer, debería perseguir cuatro dimensiones fundamentales⁸: la dimensión práctica, la dimensión social, la dimensión humanista y la dimensión religiosa. Estas cuatro dimensiones deben estar integradas y en referencia unas con otras. Es decir, no se pueden concebir como compartimentos estancos. Veamos qué implica cada una de ellas.

Dimensión Práctica: uno de los aspectos fundamentales a la hora de elegir una carrera, y el lugar dónde estudiarla, tiene relación con la utilidad de la profesión elegida. Es decir, los estudiantes buscan que sus estudios les sean útiles para poder desempeñarse en la vida profesional futura. Por eso se busca que la universidad entregue conocimientos relevantes y útiles dentro del marco de la formación de la carrera profesional que los estudiantes han elegido. En definitiva, la dimensión práctica se entiende como la formación y preparación de los estudiantes para el ejercicio competente y de calidad de una profesión útil con la que ganarse la vida en el futuro.

Toda universidad católica, según entiendo, debe buscar formar a sus estudiantes en la *excelencia*. Un profesional, hombre o mujer, egresado de una universidad católica debe ser más que competente en su profesión; debe tener las herramientas para enfrentar los problemas complejos que se le presentan en el desempeño de su actividad profesional. En este punto se debe hacer una precisión fundamental: la dimensión práctica no se puede circunscribir a una mera formación técnica. Este es un riesgo no menor en el que se puede caer; suponer que la excelencia significa enseñar solo técnicas. Un profesional formado en una universidad católica debe ser capaz de reflexionar sobre su hacer⁹; debe ser capaz de preguntarse *por qué* hace las cosas, así como el *para quién* y el *para qué*. Estas tres preguntas deben estar a la base de la formación profesional. Es importante insistir que un profesional formado en una

8 Aquí me baso en las reflexiones de Melesio Agúndez (2008) sobre las cuatro dimensiones del paradigma Ledesma-Kolvenbach.

9 Aquí es necesario tener presente la clásica distinción aristotélica, cuando señala que hay una diferencia entre aquel que sabe hacer las cosas –que sería la *tekné*– y el aquel que sabe la razón por la cual se hacen las cosas. Aquel que es un curandero sabe cómo utilizar las hierbas para curar (o para envenenar), mientras que el médico debe saber por qué se usa cada cosa.

universidad católica no puede quedarse con un conocimiento meramente técnico, sino que debe abrirse a tener un enfoque que sea multidisciplinar¹⁰ y que tenga en cuenta las tres preguntas antes señaladas.

Dimensión humanista: a diferencia de otras universidades, una universidad católica debe buscar la formación integral de los estudiantes. Esta formación implica ayudar al crecimiento integral del ser humano –afectivo, social, espiritual, corporal- y no solo a su desarrollo intelectual. Esta dimensión entiende que el ser humano no solo se puede entender, y valorar, desde una perspectiva funcional-práctica, sino también, y por sobre todo, como un valor y un fin en sí misma.

Dimensión religiosa: quizás esta es una de las dimensiones más complejas de explicar, pues mucha gente se pone incómoda con este tema, ya que tiende a asumir que lo religioso está invariablemente ligado a una determinada manera de vivir una determinada fe. Por otra parte, nuestra cultura occidental tiende a creer –de una manera más que discutible- que lo religioso se debiera mantener en el plano de lo privado. Con todo, es importante reconocer que todo ser humano –sea creyente o no- tiene una apertura al tema de la trascendencia¹¹. La pregunta por el propio sentido de la vida, es decir, la razón última de mi existencia, parece ineludible. Las universidades católicas, desde su propia identidad cristiana, pero reconociendo que hay otros posibles acercamientos, deben dar herramientas para que los estudiantes puedan, por sí mismos, abrirse a reflexionar este tema.

Dimensión social: todas las dimensiones anteriormente expuestas son importantes –y hay que entenderlas relacionadas entre sí-, pero esta dimensión, también llamada de **justicia**, creo que es esencial para la formación de ciudadanos y ciudadanas comprometidos con su sociedad. Las universidades católicas deben trabajar para formar estudiantes comprometidos con la realidad y que asuman su responsabilidad social y política, de tal manera que puedan tener una incidencia en el bienestar y en el desarrollo del país. La formación de los estudiantes de una universidad católica debe buscar formar un profesional que se destaque por su sensibilidad a la realidad de los más pobres y la búsqueda del bien común en la sociedad. Esta búsqueda del bien común implica ir más allá de lo meramente económico –aunque es un elemento importante-, para dar pasos hacia el bien social, cultural, político, etc.¹²

10 A este respecto conviene tener presente la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*: “La Universidad Católica es, por consiguiente, el lugar donde los estudiosos examinan a fondo la realidad con los métodos propios de cada disciplina académica, contribuyendo así al enriquecimiento del saber humano. Cada disciplina se estudia de manera sistemática, estableciendo después un diálogo entre las diversas disciplinas con el fin de enriquecerse mutuamente (n° 15)”.

11 Reconocemos que el concepto de “trascendencia” es complejo, pero no nos detendremos a analizarlo, pues excede con creces el marco del presente artículo.

12 A este respecto cabe destacar lo que señala *Ex Corde Ecclesiae*: “El espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada Universidad Católica y debe ser compartido por

Recapitulemos un momento. En la introducción nos planteábamos la necesidad de reflexionar sobre el papel que le correspondía a las universidades católicas en la construcción de una sociedad más humana, democrática y con una ciudadanía activa. Creo que la formación activa¹³ de los estudiantes, teniendo presentes las cuatro dimensiones antes señaladas, es una de las claves fundamentales para alcanzar estos objetivos. La formación – formación y no solo enseñanza- dada en una universidad católica debiera tener en mente preparar a un ser humano integral, con capacidad para preguntarse sobre el porqué y para qué de las cosas, con apertura a la trascendencia y, cosa fundamental, con capacidad de mirar más allá de sus propios intereses, o de los de su grupo, para buscar una sociedad más integrada y mejor. Obviamente esto es un propósito a mediano y largo plazo, en el sentido que los frutos no se verán reflejados de manera inmediata en la sociedad. Pero frente a quienes plantean soluciones inmediatistas, del “ahora ya”, hay que recordarles que la construcción de una sociedad democrática, que verdaderamente sea integradora y busque la justicia, es cosa que toma tiempo y dedicación, y que se debe hacer una y otra vez con cada generación.

Bibliografía

- Agúndez, M. (2008). “El Paradigma Universitario Ledesma-Kolvenbach”. *Revista de Fomento Social*, 63, pp. 603-631.
- Chomalí, F. (2015). *La Cultura que Jesús pide Evangelizar hoy*. En: http://www.iglesia.cl/documentos_sac/06062015_1111pm_5573a858101fa.pdf
Accedida: 06 de agosto de 2015.
- Dahl, R. (2012). *La Democracia*. Barcelona: Editorial Planeta.

los profesores y fomentado entre los estudiantes. La Iglesia se empeña firmemente en el crecimiento integral de todo hombre y de toda mujer (32). El Evangelio, interpretado a través de la doctrina social de la Iglesia, llama urgentemente a promover «el desarrollo de los pueblos, que luchan por liberarse del yugo del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas y de la ignorancia; de aquellos que buscan una participación más amplia en los frutos de la civilización y una valoración más activa de sus cualidades humanas; que se mueven con decisión hacia la meta de su plena realización» (33). La Universidad Católica siente la responsabilidad de contribuir concretamente al progreso de la sociedad en la que opera: podrá buscar, por ejemplo, la manera de hacer más asequible la educación universitaria a todos los que puedan beneficiarse de ella, especialmente a los pobres o a los miembros de grupos minoritarios, que tradicionalmente se han visto privados de ella. Además, ella tiene la responsabilidad -dentro de los límites de sus posibilidades- de ayudar a promover el desarrollo de las Naciones emergentes (nº 34)”.

¹³ Creo que más de una vez, especialmente en el ámbito económico, las universidades católicas han abrazado, enseñado y promovido teorías que han ido en contra de la promoción del ser humano y de la búsqueda del bien común. Por eso insisto en lo de “formación activa”, pues se necesita una voluntad clara de parte de las autoridades universitarias, y de los profesores y profesoras, para llevar a cabo esto. Más de una vez las universidades católicas han abrazado, enseñado y promovido teorías que han ido en contra de la promoción del ser humano y de la búsqueda del bien común.

- Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*.
- Locke, J. (2006). *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil*. [1690]. Madrid: Tecnos.
- Schumpeter, J. (2003). *Capitalism, Socialism and Democracy* [1942]. London and New York: Routledge.
- Rousseau, J. (2007). *El Contrato Social* (12ª ed.).[1762]. Madrid: Austral.
- Taylor, Ch. (2006). *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- Taylor, Ch. (2012). *Democracia Republicana/Republican Democracy*. Santiago de Chile: LOM.



Centro Democracia y comunidad
Av. Providencia 1017, piso 8, Providencia
Tel. (56 2) 223 50 955

contacto@cdc.cl

www.cdc.cl

[Twitter: cdc_cl](https://twitter.com/cdc_cl)

Las opiniones expresadas por los autores son de su exclusiva responsabilidad y no representan necesariamente la postura oficial del Centro Democracia y Comunidad.

Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido de Reflexión y Debate citando la fuente.